

Inés Arteta

# LA MALPARIDA

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

INÉS ARTETA  
LA MALPARIDA

TUSQUETS  
EDITORES

El comienzo es una brutal quietud envuelta de neblina. El barco frena de golpe y los pasajeros quedan ciegos en ese vaho espeso, los oídos al acecho de los piratas varias veces advertidos en el puerto. A popa, apenas pueden distinguirse como bultos, uno al lado del otro. En la segunda fila de asientos, Emilia reza, segura de que esa calma ciega es el portón a la muerte. El barco queda inmóvil, absolutamente inmóvil, y ella enseguida oye el repiqueteo de la tripulación corriendo hacia la proa para desatascar el casco. Después, las bofetadas de remos contra el banco de barro bajo el agua. Unos minutos más tarde empieza a soplar el viento de nuevo, bocanadas de viento que llegan desde la costa de enfrente y empujan retazos de niebla. Entonces, por algunos lapsos sí y otros no, Emilia puede ver las muecas de terror de los demás pasajeros. En un momento en que la bruma se despeja del todo, ve el contorno de la orilla a unos trescientos metros: árboles demasiado grandes, tal vez aumentados por el efecto fatamorgana. Ese efecto es un espejismo debido

a la inversión de la temperatura, (lo sabrá después, cuando ya viva en esa costa), que ahora muestra la mata de árboles en la orilla como gigantes que sacuden los brazos. Alguien dice que cree que, por el frío que hace de repente, ese viento es el Pampero. Otro le grita que qué carajo importa el nombre del viento. Las ráfagas son cortas, sacudones que derriban a un marinero; cae sobre la cubierta como un muñeco de lana. Eso a Emilia le quita la esperanza de que el capitán destrabe el barco y puedan seguir camino. En tanto, cada bocanada de viento, cada ola contra el casco del barco, cada alarido de la tripulación apurada por desencajar el barco, parecen confirmar los malos agüeros anunciados por algunos hace menos de media hora, cuando zarparon de Nueva Palmira.

Quizás el recuerdo de Emilia se entrelace con añadidos posteriores, contaminados de su vida en el monte, y por eso retenga el gesto aterrado de los pasajeros, a la vez que rendidos. Alguien empieza a rezar Padre Nuestro que estás en los cielos y otros pasajeros corean: santificado sea tu nombre y de golpe el viento se frena de nuevo, como por efecto de la plegaria. La neblina se empieza a evaporar, acaso chupada por las nubes, arremolinadas más alto. Rosa Ramona, la única niña a bordo, hace un chillido agudo con o, tal vez quiere decir lobizones y no recuerda la palabra. Ahora que no hay bruma Emilia distingue la cara de la madre, Marica Rivero, impávida. El pasajero a su lado

cachetea a la nena, que por fin se calla y lo hace con desconcierto. Y en eso la niebla se espesa de nuevo, ya no es vaho sino un líquido flotante, que les empapa la cara y las manos. Entonces a babor, del medio del vaho, brotan monstruos en andrajos. Emilia puede jurar aquella memoria sólida: monstruos. En andrajos. Vienen empinados en una chalupa con mástil, mudos. Empuñan machetes como aletas de metal. En una de esas desaparecen bajo la proa elevada por el atascamiento. Se oyen golpes en el casco, y enseguida hay dos de esos monstruos en la cubierta a proa, adonde está la carga y las maletas. El que trepó a bordo primero degüella al capitán con un machete. Lo hace un segundo después de que él disparase su pistola sin herirlo. A gran velocidad, suben otros cuatro o cinco monstruos y el resto de la tripulación apenas tantea una defensa desabrida. Emilia recordará con claridad (será lo único diáfano del recuerdo de esa travesía) que los pasajeros estaban pasmados, como si los paralizara un terror atávico. Los degüellan uno por uno con desenvoltura. Sin resistencia ni gritos de nadie, como si el submundo les hubiese arrancado las cuerdas vocales y también el instinto de supervivencia o como si lo aterrador de la muerte fuese su inminencia y la muerte en sí, un alivio. Enseguida, unos veinte cuerpos quedan decapitados, casi todos todavía erguidos sobre los asientos, alrededor de las únicas mujeres abordó. Emilia se ha puesto de pie, se queda

quieta como esperando su turno con sumisión. Hasta que uno de los monstruos la empuja hacia la escalera y la obliga a bajar. Detrás de ella viene Marica Rivero con el vestido manchado de rojo y Rosa Ramona colgada de su brazo, que no para, no para de gritar. La niña sigue gritando cuando van sentadas en el chinchorro del barco hacia la costa de enfrente, que parece ahí nomás. El pirata que rema es un hombre gigante, de hombros rígidos como arpones, barba dorada, y usa vincha. Marica Rivero mira hacia atrás donde, a unos setenta metros de ellas, el barco está prendido fuego. La niña todavía grita cerca de la orilla y ese grito parece ser lo único que sucede. Hasta que la chalupa de los piratas alcanza la playa. Un pirata con chaqueta larga negra es el que manda. Los demás empiezan a descargar las cajas y bolsas que saquearon del barco, que ahora es una bola de fuego a unos doscientos metros de la costa. Rosa Ramona sigue gritando. Y en el siguiente instante, el que manda degüella a Rosa Ramona ahí mismo, sobre la arena. Dice que gritaba mucho.

Voy a ser una mujer feliz, se había dicho Emilia Burton la mañana del 8 de marzo de 1870, antes de embarcar en El Ditirambo. Lo había pronunciado en voz alta, mirándose al espejo. En seguida se obligó a sonreír y vio su boca estirarse, los labios como gusanos. Que desconfiara un poco era entendible; después del viaje en barco, su vida sería nueva. A través de la ventana cerrada veía pasar peatones como marionetas mal articuladas. De este lado del vidrio, un silencio espantoso colmaba la habitación que había compartido con su hermana hasta que murió de fiebre. Cerraba la maleta justo cuando alguien golpeó la puerta. Era su padre. No levantó la vista del suelo cuando le preguntó si estaba pronta.

Su padre y su hermano la escoltaron las tres cuerdas hasta el puerto y ninguno pronunció palabra. El muelle estaba atiborrado de gente y de murmullo. Se detuvieron delante del Ditirambo y su madre, que venía unos pasos más atrás, se adelantó y la tomó de los hombros. Durante algunos segundos la miró

hondo a los ojos y después agachó la cabeza sin decirle nada. Su perfume a rosas se mezcló con el olor a barro de la costa. Emilia tendió los ojos al río, una inmensa gota marrón. Los rayos oblicuos de sol que venían a su espalda blanquearon una aureola lustrosa alrededor del Ditirambo. Más allá de la ensenada, la brisa desgrenaba el río, erizado como piel de gallina. No hay nada que temer, oyó que su padre le dijo a alguien. Era el boticario. Su hijo estaba pendiente de que los changarines estibaran su equipaje a bordo. Emilia lo conocía de un baile; lo tenía anotado en su carné para un vals y cuando llegó el momento, no apareció. El lunes siguiente una conocida le contó que él había dicho que Emilia era feúcha. Ahora, con la luz grisona de la mañana, lo vio macilento, acaso demacrado. El boticario pronunció la palabra corsarios y su padre dijo que no, gracias a Dios los asaltos a los barcos de pasajeros eran un problema superado. Emilia no quiso pensar en ataques de bandidos sino en su arribo al Puerto Nuevo adonde la esperaba el comerciante con quien iba a matrimoniarse. Solo cuatro mil metros separan Nueva Palmira de la costa de enfrente y en un abrir y cerrar de ojos se encontraría en San Fernando adonde la aguardaba ese señor, uno que acababa de abrir La Compañía de Navegación para transporte de carga y pasajeros, y que le había ofrecido empleo a su padre. Se sentía una privilegiada al pensar que los demás viajeros en

fila delante de la escalerilla del Ditirambo ignoraban que la balandra a la que estaban a punto de embarcar le pertenecía a su futuro esposo. Solo ella estaba al tanto de que a partir del mes siguiente haría la carrera de San Nicolás y Rosario.

Ese es el retazo más lejano de la historia que va a contar Emilia, acaso la raíz del principio. Retendrá aquel fragmento de la conversación entre su padre y el boticario y la imagen de ella, su padre y su hermano caminando por el muelle hasta el buque anclado en la ensenada. También, que el muelle era de madera, lo llamaban General Flores y acababan de construirlo para evitar el trasbordo en canoas. También, que era un día fresco para el fin del verano y que una brisa fofa erizaba el río.

Apenas subió a bordo, enseguida reconoció a María del Carmen Rivero entre los pasajeros, que serían unos veinte en total. Con su hijita Rosa Ramona, de seis o siete años. Era fácil notarla porque ellas dos y la niña eran las únicas mujeres a bordo. Y fácil reconocerla porque en Nueva Palmira todo el mundo conocía a la comadrona. La ciudad –en crecimiento desde que todo barco que surcaba el río había empezado a pagarle impuesto y ya contaba con dos mil habitantes– se las arreglaba para conocer los pormenores de todos sus vecinos, y jamás se le escaparía que una mujer soltera fuese madre. Rosa Ramona había sido bautizada por el padre Leiva, que no le negaba el

sacramento a nadie, en la parroquia Nuestra Señora de los Remedios, con el apellido de la madre: Rivero. Esa mañana del 8 de marzo de 1870, la niña llevaba el pelo trenzado a los costados de la cabeza, como orejitas de ratón, y un vestido color castaño oscuro igual al de la madre: sin miriñaque ni corsé, mangas de chaqueta y una falda hasta los tobillos cuya capa superior no dejaba la enagua al descubierto sino calzones. Era una criatura preciosa con una conducta deplorable. Ni bien El Ditirambo zarpó, puso los nervios de pasajeros y tripulación de punta. La madre, robusta y de piel parda como las nueces, parecía ni percatarse de que su hija exasperaba a todos corriendo de aquí para allá entre los marineros y las filas de bancos a popa. Se detenía a centímetros de la mueca de disgusto de alguno y hacía de cuenta que lo asustaba, bú. La madre miraba el agua marrón, resignada o a lo mejor, harta. Lo pensará después, cuando sueñe que oye los chillidos insoportables de la niña. Emilia no le quitaba los ojos de encima, como si en esa resignación hubiese un mensaje oculto, igual al que oculta cualquier paciencia. Seis meses más tarde, cuando empiece a escribir, Emilia va a creer que aquella misma noche, después del horror, el estado de shock le hizo interpretar esa resignación como una señal. Pero aquella mañana no sabía aún por qué la mirada insensible de esa madre le hacía sentir miedo. Ni por qué ya en aquel primer encuentro Marica Rivero la atraía así,

no podía sino mirarla con asombro, admiración y quizás también con rivalidad.

¿Rivalidad?

Lo va a admitir seis meses más tarde, cuando rememore aquellas escenas y las escriba con la intención de descifrar a esa mujer. Porque después de que El Ditirambo zarpó Marica Rivero era la única que no vigilaba el horizonte a babor y la costa del otro lado, pendiente de cualquier movimiento extraño. Miraba la nada con ojos vacíos y como si no sintiera mareo de a bordo, la náusea en la boca del estómago que sentía Emilia. Y como si fuera indiferente a la posible cercanía de la muerte, la alarma que los demás pasajeros terminaron por contagiarle a Emilia. Es que enseguida después de zarpar, el temor del resto de los pasajeros impregnó el aire, todos acechando el río con el alma en un hilo en anticipación al merecido escarmiento por la imprudencia de navegar –aunque solo fuesen cuatro kilómetros hasta el otro lado– sin escolta. ¿Ya entonces Emilia observaba a Marica Rivero? ¿Ya en ese primer contacto percibía que Marica Rivero no temía a nada? Eso dependerá de lo que, más tarde, su mente haga de estas escenas con la mujer de piel oscura y espalda ancha a bordo del Ditirambo, que barloventeaba plácido, ¿no?, indiferente a la aprensión sobre la cubierta, que confundía la sombra de una nube sobre el agua con un infierno de lobizones. Ya ha escrito que eran carne de cañón por navegar en zona riesgosa sin compañía

de otro barco. Recordará que el hijo del boticario, el que al final no la sacó a bailar, le dijo a un señor con sombrero de copa y bastón que todos los pasajeros estaban al tanto de que ese río requería de escoltas para no tentar al diablo: era sabido que los bancos de arena cambiaban de posición continuamente por el choque del aluvión y los vientos y los temidos corsarios que se escondían en el monte de la costa de enfrente, solo tenían que esperar a que un vapor, goleta o falucho, se atascara en uno de los tantos bancos de lodo. Así que más tarde Emilia creará que esa mañana no llegó a amedrentarse, comprendía que estaban entregados a la destreza del capitán y también a la suerte, porque hasta el que es ciego porque no quiere ver sabe que la suerte es el componente más importante de todo suceso. Mientras tanto, Marica Rivero parecía ni enterada de que su hija, que corría de aquí para allá, tenía a todos tensos, adivinadores de malos agüeros. Y de golpe a Emilia le impresionó percibir el cambio en la actitud de los pasajeros después de solo unos minutos de travesía, ya que en el puerto predominaba el optimismo y chocar con un banco de arena era todavía algo remoto, ese tipo de cosas que solo le sucedía a los demás. Apenas el barco zarpó, Emilia y el resto de los pasajeros (salvo, aparentemente, Marica y su hijita) empezaron a sentir la brisa en la cara rociada con la piel del diablo: de golpe la embestida con un banco pasó a ser algo inminente, tal vez culpa del frenesí de Rosa Ramona,

y Emilia se recuerda torciendo la cabeza de derecha a izquierda buscando, al igual que los demás pasajeros, el peligro que se adivinaba. Lo percibió en la estela diagonal a proa, en el ramaje de la costa de enfrente que se venía acercando, y en las nubes que se amontonaban dibujando cañones. De un segundo al otro los envolvió una niebla densa y Emilia no pudo ver a los demás pasajeros. Silencio. Puro silencio salvo olas pequeñas contra el casco del barco. En eso, escuchó la voz de un hombre que comentó que, si encallaran, los lobizones solo tendrían que acercarse en canoa, a pleno sol, y abordar el barco como un paseo. Ya había pasado, quién no lo sabía, dijo otra voz; quién los mandaba a zarpar así, precipitados, imprudentes, dijo una tercera voz, quizás la del hijo del boticario. Que el capitán tenía que regresar hoy, agregó. Por eso mismo, dijo el que habló primero: una patochada, como decir mañana será otro día.

Durante unos segundos, solo el taconeo de los piecitos de Rosa Ramona y su cantar: lobizones, lobizones, lobizones. Al mismo tiempo saltaba y saltaba y Emilia percibió que el taconeo más aún sacaba a todos de sí. La niebla se espesó. Quiénes son los lobizones, preguntó de repente la vocecita de Rosa Ramona cuando cesó el repiquetear de sus zapatos. Una voz grave la chistó y le dijo que eran perros peludos que comían caca de gallina. La nena rio, saltó, saltó, dijo qué asco, quiero ver uno, lobizón, lobizón. Y después

cantó con voz tan aguda como un silbido. En ese instante la goleta se frenó de golpe, como si hubiese chocado con una pared transparente.